

HUMOR Y POLITICA



EL hombre es un animal político, decía Aristóteles. De «Pero-Grullo» es, por consiguiente, esto de que la política es cosa de hombres; cosa inventada y practicada por el hombre: cosa humana. Cuando el hombre que hace Política la desarraiga de su verdadero y último sentido, es decir, cuando la deshumaniza, deja de hacer Política y cae en el vicio de la negación de la Política: en la no-política. Cuando el hombre que hace Política se cree un enviado especial de los misteriosos hados del destino, se supervaloriza y en su condición de hombre cree superar al hombre para convertirse en «super-hom-

brea: se deshumaniza. Y la política que practique será bastarda y deshumanizada. Y así nace la figura anti-política del dictador, del tirano, del déspota o del salvador de la patria. Cuando el hombre que hace Política es el «homo sapiens» común, a carga sobre sus espaldas con todos los defectos y todas las virtudes del resto del común de los mortales, su quehacer político será el verdadero: practicará la auténtica Política, la Política humana del modelo aristotélico.

El humor es una de las grandes cualidades del espíritu humano. El humor es el mágico resorte que acciona el hombre para salir del

paso de las situaciones más apuradas. El humor es la piedra filosofal por medio de la cual ha surgido el más grande invento de la humanidad: la sonrisa. El humor ha hecho que el hombre se diferencie un poco más del resto de los animales que pueblan nuestro político mundo. El hombre es el único animal que ríe. El humor es humano y el humor se puede aplicar a la Política. Una escuela de grandes humoristas ha sido y es la vieja Inglaterra. Una escuela de grandes políticos ha sido y es la vieja Inglaterra. En España, se nos puede argüir, ha habido grandes humoristas, pero también es cierto que el humor español es bastante diferente del británico: es un «humor negro». Quizás Felipe II fue un gran humorista y aplicaba en Política su sentido del humor, el hispánico «humor negro», cuando se sentaba a presenciar, en un auto de fe, la quema de herejes y judíos. Pero hemos de reconocer que el «humor negro» aplicado a la Política resulta un tanto peligroso.

El caso es que todo esto del humor en la Política se nos ha ocurrido al ver la fotografía del Presidente de Indonesia, Sukarno, que hábilmente extrae la cartera del bolsillo trasero del pantalón del ministro Johannes Leimena. Naturalmente es una broma, Sukarno no es ningún carterista; es un hombre, levial que cultiva, con frecuencia, los rasgos de humor. Sukarno con éste y otros muchos rasgos hace de la Política algo humano. Y a nosotros, nos gustan los políticos que hacen sonreír a la gente. Y nos gustan porque no creemos que el político sea un hombre distinto de los demás. Y cuando vemos que un político practica algo tan humano como es el humor, pensamos que ese hombre sabe acercarse a la gente y a sus semejantes y hacer una Política verdaderamente humana: la única Política que se puede hacer y en la que honradamente se puede pensar. Y pensamos que ese hombre puede ser tirano ni déspota ni dictador, porque el tirano, el déspota o el dictador están privados del sentido del humor. Y pensamos que el humor en la Política es algo muy serio y saludable, aunque los hombres que practican el humor y la Política cometan, como todo ser mortal, errores a lo largo de su vida.

JAVIER PEREZ PELLON

Los prejuicios raciales en la escuela

LOS disturbios raciales en el Estado de Alabama (Estados Unidos), vienen a poner una vez más, sobre el tapete el problema de los prejuicios raciales que tanta sangre y lágrimas han costado ya al mundo. Y nos enfrenta con el problema de como el niño adquiere esos prejuicios bien en la familia, bien, sobre todo, en los libros y explicaciones escolares.

La Unesco ha abordado repetidas veces el tema y un hombre de la categoría científica de Cyril Bibby, por ejemplo, le ha tratado con cierta insistencia, pero no le ha agotado ni era ésta tampoco su intención, y, en todo caso, nos cabe siempre la posibilidad de enfrentar sus mismas sugerencias, y nuestras ideas al respecto, con la realidad de nuestra enseñanza primaria y hasta secundaria.

Porque todavía los libros de texto y las conversaciones o charlas de las personas cultas, que influyen en el niño, están plagadas de ligerezas e imprecisiones, al parecer inocuas pero que forman las primeras ideas del niño sobre una realidad, que, una vez fijadas en su mente, se convertirán, más tarde en lo que los sociólogos llaman «esterotipos» o prejuicios y tópicos. Y el primero de todos ellos es que se sigue usando el concepto de raza como absolutamente definido y universal y no lo es, ciertamente. Es, por el contrario, un concepto puramente convencional y variable, además de muy complejo, de modo que el dar a entender que la humanidad se divide en razas o grupos, diferenciados biológicamente con bien definidos límites, es ya de por sí una sugerencia absolutamente falsa. Los científicos nos han dicho que si, por ejemplo, utilizamos el atlas o esquemata de Blumenbach u otro parecido que clasifica las poblaciones en «razas negras acedunadas, amarilla roja y blanca» (debemos advertir que esto es sumamente caprichoso ya que si se toma como criterio para la clasificación racial el color de la piel, los indígenas de Africa y Australia pertenecen a un grupo y los de Europa a otro, pero si el criterio es la capilaridad del cuerpo los europeos se harmanan con los australianos, mientras los africanos quedan en grupo aparte). Y si se toma el in-

dice cefálico como guía «se encontrarán dolicocefalos y braquicefalos mezclados en todo el mundo», o si la distribución racial se quiere hacer por grupos sanguíneos nos encontramos con filaciones diferentes para grupos idénticos según otros criterios. Pero, además, es que ni siquiera todos los individuos del grupo racial presentan los rasgos distintos que les hemos asignado, puesto que la herencia y el medio los modifican constantemente, de modo que, dentro de unos miles de años, la humanidad presentará una muy diversa fisonomía racial a la que presenta hoy. Y el niño debe saber desde pequeño que esta noción de raza es una división provisional de carácter metodológico, pero muy movible e inconcreta en la realidad.

Después hay que decirles a los niños que esa diversidad de razas indica solamente eso: diversidad, y

no superioridad o inferioridad, puesto que estas mismas categorías de superioridad e inferioridad son también relativas. ¿Por qué sería superior, por ejemplo, la invención de aparatos eléctricos a la intuición filosófico-poética de un africano? ¿Por qué ha sido considerado superior el valor guerrero, por ejemplo, de las razas blancas al pacífico trabajo de muchas tribus que no conocían la guerra de exterminio?

Lo que ocurre simplemente es que en unos grupos humanos, por necesidades de adaptación al medio o de defensas u otras condiciones históricas se han desarrollado ciertas cualidades humanas y ciertos defectos y en otros grupos, otras. ¿Sería posible —escribe el antropólogo Hrdlicka— que después de algunos millones de años de tales diferencias externas no se produjeran también diferencias internas y cerebrales? Pero todas esas razas proceden del tronco común y recibieron la misma dote y las mismas potencialidades y hoy ya no es posible dudar, de buena fe, del desarrollo de esa dote humana común, incluso en las tribus más atrasadas de indígenas africanos o polinesios en los que observamos, por ejemplo: habilidad práctica, originalidad estética, capacidad intelectual, capacidad de dirección, sentido ético, etc.

El autor de libros de texto y el profesor deben, además, dedicar no poco espacio y tiempo a demoler otras falsas nociones que se manejan todos los días, tales como los conceptos de «raza aria», «raza judía» o «pueblos británicos». «Aria» es un término lingüístico para designar un supuesto idioma antiguo y el concepto de «raza aria» es una solemne tontería, hablando científicamente.

«Judíos» es un vocablo de valor teológico y social que designa a unos hombres que aceptan un determinado credo y unas costumbres moldeadas por ese credo, y a través de una cierta peculiaridad histórica, pero no existen una «raza judía». Mientras «británico» es simplemente un vocablo político.

De haber tenido en cuenta estas simples realidades y sencillas nociones, muy otra hubiera sido la historia reciente de la humanidad y los discursos de Hitler, por ejemplo, y de los demás teóricos del nazismo hubieran sido reídos como magistrales piezas cómicas y no hubiera existido el horror de los hornos crematorios.

Tampoco se pueden mostrar al niño, en los grabados de los textos escolares, los sempiternos negros con arcos en la nariz y el pelo embudado de barro, junto a blancos elegantemente vestidos, sin advertirle de la relatividad de los valores estéticos, y menos cultivar en el niño un paternalismo, que hasta a veces se ha disfrazado de cristianismo, hacia los «probrechos negros infieles». Tampoco naturalmente explicar la historia de modo que se dé a entender que nada humano, ni ningún valor ético o cultural, existía en Africa, por ejemplo, antes de la llegada de los blancos. Ni deben dejarse pasar sin crítica las películas que ven los niños y en las que constantemente aparecen los blancos como señores y los negros como criados, pues los niños podrían sacar la conclusión de que un negro no es apto para otra cosa que para servir a la mesa o limpiar el calzado.

Es lo que decía Bernard Shaw de los negros americanos y refiriéndose a los blancos: «Les obligan a lustrar zapatos y de ahí deducen que no sirven para otra cosa que para lustrar zapatos». Y todos los «testes» que se han hecho en Norteamérica hasta nuestros días han adolecido de este defecto: tendían a demostrar la presunta inferioridad mental del negro

americano. Porque esos «testes», como ha demostrado Klineberg, no eran utilizables sin más para blancos y negros indistintamente, sino que estaban pensados para los blancos o bien los blancos se encontraban en situaciones ventajosas al contestar. Y tampoco se preguntaban estas investigaciones el porqué de ciertas diferencias culturales y mentales a favor de los blancos. Pero Mc Couston, ya en un informe de 1930, señaló en 87,22 dólares por cabeza el índice los gastos de enseñanza del americano, mientras en los Estados del Sur ese índice descendía hasta un 44,31 dólares y para los niños negros hasta un 12,27. Las condiciones sociales se nos muestran, pues, una vez más, responsables de muchas cosas que quieren hacerse pasar por «naturales». Y los hombres si guen manteniendo sus prejuicios, cuando éstos les reportan algún favor y les falta honestidad o cuando la incomunicación de los diversos estratos sociales o grupos raciales les hace creer a los de un grupo que los individuos del otro son la misma encarnación del mal o la estupidez, tal y como lo aprendieron en la escuela.

En esos libros de texto que es preciso expurgar de nacionalismos y prejuicios e ideas falsas o precipitadas de todo tipo, si se quieren formar hombres para la paz y hombres pacíficos a quienes horrore la idea de la desigualdad humana y la idea de lanzar a los perros contra los hombres, como la Policía de Alabama lo ha hecho contra los negros que defienden sus derechos de hombres, como los demás hombres.

JOSE JIMENEZ LOZANO



La democracia y los negros El vértigo del dinero

EN Alabama han sido condenados por los Tribunales del Estado, negros por haber entrado en restaurantes de blancos. En Alabama se han manifestado los negros pidiendo que les alcancen los derechos fundamentales de los hombres declarados hace muchos años. Las prisiones contienen una población reclusa, compuesta por negros manifestantes, cinco veces superior a la capacidad normal.

Este manchón negro que se agita en los Estados Unidos es realmente una mancha negra en la conciencia norteamericana, en la conciencia democrática norteamericana. Es evidente la contradicción que supone la persecución a los negros y los principios y slogans del país campeón de la libertad.

Esta contradicción es grave. ¿Hay algún fenómeno más antidemocrático que el racismo? Desde Gobiernos hasta Chamberlains el racismo ha sido utilizado como ideología reaccionaria y antidemocrática. Con él se justificó la reacción a la revolución francesa presentando a la organización aristocrático-feudal como la justa expresión jurídica de la natural desigualdad de los hombres. Con un racismo más combativo, más optimista y más «científico» se intentó explicar la reacción burguesa ante el signo igualitario que portaba la clase trabajadora como clase ascendente. Con el racismo por bandera se arrastró a algunos pueblos a la dominación de otros: «Los blancos serán siempre la raza señorial de las colonias» (Wolffman).

«Hay algo más antidemocrático que el racismo? Desde Gobiernos hasta Chamberlains el racismo ha sido utilizado como ideología reaccionaria y antidemocrática. Con él se justificó la reacción a la revolución francesa presentando a la organización aristocrático-feudal como la justa expresión jurídica de la natural desigualdad de los hombres. Con un racismo más combativo, más optimista y más «científico» se intentó explicar la reacción burguesa ante el signo igualitario que portaba la clase trabajadora como clase ascendente. Con el racismo por bandera se arrastró a algunos pueblos a la dominación de otros: «Los blancos serán siempre la raza señorial de las colonias» (Wolffman).

«Hay algo más antidemocrático que el racismo? Desde Gobiernos hasta Chamberlains el racismo ha sido utilizado como ideología reaccionaria y antidemocrática. Con él se justificó la reacción a la revolución francesa presentando a la organización aristocrático-feudal como la justa expresión jurídica de la natural desigualdad de los hombres. Con un racismo más combativo, más optimista y más «científico» se intentó explicar la reacción burguesa ante el signo igualitario que portaba la clase trabajadora como clase ascendente. Con el racismo por bandera se arrastró a algunos pueblos a la dominación de otros: «Los blancos serán siempre la raza señorial de las colonias» (Wolffman).



considerar a los negros y a los indios como susceptibles de una verdadera civilización. Racismo y clasismo o aristocratismo tienen un fondo común, parten de una similar actitud humana. Pues bien hay que reconocer ante los hechos ocurridos en Alabama, que por lo menos en grandes sectores de la población norteamericana están arraigados estos principios. Es muy triste constatar que los que ayer y aun hoy condenaban a los nazis por perseguir judíos persiguen hoy negros. Ante esto cabe preguntarse, ¿existen unos sentimientos democráticos reales, en Norteamérica o es que la libertad es patrimonio exclusivo de los blancos? La verdad es que después de leer «La Elite del Poder» del sociólogo W. Mills, usted dudará conmigo aun de esto último.

De todas maneras los negros con sus justas reivindicaciones están poniendo a prueba la democracia estadounidense.

RESPUESTA NEGRA
Algun periódico, muy en su línea ha calificado los acontecimientos de Alabama como violencia negra. ¿Es posible tanto cinismo? El mundo negro está respondiendo de una forma humana y civilizada a la explotación que ha padecido. Su respuesta es simplemente una toma de conciencia. Es evidente que cuando el explotador somete a un pueblo o a una raza a unas condiciones de existencia determinadas surja en él una conciencia común.

Hace años un novelista negro norteamericano Mc Kay escribía: «Todo lo que habéis aprendido no llegará a abrirnos los círculos cerrados de los blancos y no os darán las posibilidades que se les ofrecen a los blancos. Podéis ser modestos, tener talento, ser cultos, siempre tendréis el calificativo de «color» que, acompañará a vuestro nombre». Luego, Mc Kay criticaba a los instruidos negros su desolamiento su vergüenza de sentirse negros, su alejamiento de los problemas comunes de los negros.

Hoy los negros cultos retornando a las profundidades de su pueblo y de su cultura hacen causa común con todos los negros desheredados. El mundo africano tiene sus líderes políticos. Casi todos los pueblos africanos han logrado su independencia al menos formal, algunos la real (piénsese en la distancia que hay entre Liberia, feudo de la Firestone y la Guinea de Sekou Touré, por ejemplo). La Conferencia panafriicana de Addis Abeba se ha solidarizado con sus hermanos los negros de los Estados del Sur de EE. UU. El mundo negro está en marcha y son muchas las cosas que tienen que reivindicar. Los poetas Cesaire, Sengor, cantan la negrez que es una cualidad que puede ser reivindicada con todos sus valores. Los negros son capaces de hacer historia. Han hecho historia y la están haciendo. Ojalá sea mejor que la historia de los blancos en tierras africanas sudamericanas o asiáticas. Esperemos que no haya más soledad y más tristeza como la de este poeta negro perdido en la horrible ciudad de los blancos: El día miserable les pertenece, pero la noche es mía. Ven dulce sueño y apríetame con tu tra tu pecho. Pero furtivamente, qué es lo que enrojece como vino las grises nubes.

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

El vértigo del dinero



Hay, sobre los campos y las ciudades de España, un ancho afán de impulsión económica. Nunca, más que ahora, se ha hablado de grandes proyectos que modifiquen las estructuras y pongan en pie todas las posibilidades productivas de la nación. Políticos, economistas, financieros y hombres de empresa se afanan en completar estudios acabados. Nuestras casas han convertido en permanente tema de charla su preocupación por el incremento de los índices de precios. Es como si el vértigo del dinero hubiera invadido en cascada la vida española de hoy. Y cabe preguntarse ¿qué es el dinero y qué la economía, si no se subordinan a algo tan primordial como el servicio a un disfrute individual y colectivo de los bienes más caros, por ser los superiores? Nada, no son nada. Este es el punto de arranque del que tenemos que partir. La promoción económica y el incremento en las disponibilidades individuales de dinero sólo pueden preocupar hasta los extremos actuales cuando permitan a los hombres el acceso a una vida más feliz, por más humana. De nada servirán grandes inversiones para establecer enormes factorías, para reestructurar el mundo agrario o para modernizar los transportes, si, paralelamente, no se rescata a los hombres de una forma inmediata y masiva de la ignorancia, de la incultura y de la prostración. A este propósito nos hace concebir grandes esperanzas la creación de la Dirección General de Promoción Social, pero tal creación administrativa no podrá solucionar casi nada, si no se realiza una gran campaña para lla-

mar la atención del país sobre la trascendencia que implica la necesidad de flexibilizar nuestra sociedad. La cultura no puede ser privilegio de unos pocos, como no puede serlo el acceso a la dirección real. Cada hombre, por el hecho de ser, ha de tener su oportunidad personal, sin que las «zancajillas», la insuficiencia económica o la procedencia familiar cuenten para nada. Piénsese que la inversión económica en servicios de educación y en bienes de cultura ha de ser la más rentable, porque en la base de toda empresa habrá una colectividad de hombres que, si están cultivados, sabrán trabajar, rendir y disfrutar. Una buena enseñanza en todos sus grados, una estrecha vinculación de la industria y de la agricultura a las altas tareas investigadoras y docentes de los Centros universitarios, una honda preocupación nacional activa para borrar el analfabetismo y el peonaje han de ser cimientos sólidos para cualquier empresa que aspire a lograr un auténtico resurgimiento. La demás, serán pretensiones vanas, porque en esas realizaciones fallará el alma, aunque sobren el cemento y el acero en la estructura material de esas gigantescas inversiones estas preguntas: ¿A quién incumbe la búsqueda de mejores métodos de producción? ¿A quiénes corresponde llevar a término los procesos productivos? ¿Quiénes han de vigilar los rendimientos económicos en las empresas? ¿Quiénes han de velar por el bienestar corporal de los que producen? ¿Quiénes han de cuidar de la ordenación de la vida común? ¿Quiénes han de manejar las máquinas difíciles y complicadas de la industria moderna?

La respuesta es terminante: hombres, pero hombres con una preparación sólida, con un talento probado y con una humanidad acabada. Esos hombres están ahí, en nuestros barrios, en nuestras aldeas. Las inversiones del Plan de Igualdad de Oportunidades fomentan su estudio, pero todavía es poco. Necesitamos movilizar a toda nuestra juventud. Que no haya un sólo niño sin escuela, ni una sola escuela sin maestro, y habremos empezado por el principio, para que el dinero ha de producir una elevación social y espiritual de cada hombre en su función.

MIGUEL JORGE MOLERO

EL EXPERIMENTO DEL SEÑOR FANFANI

EL señor Fanfani es un político italiano que desde hace algunos años dirige el Gobierno de su país. Perteneció a un partido, el de la democracia cristiana, asociación política que inspirara un sacerdote, el señor Sturzo y que contó con las simpatías, más o menos confesadas, de la curia romana y de los más amplios sectores del catolicismo. Parte de su profesión, el señor Fanfani ha escrito libros; casi todos ellos referidos a los problemas económicos y sociales de nuestro tiempo. En sus escritos el señor Fanfani preconiza una mejor distribución de las riquezas, una más amplia representación popular y, sobre todo, un replanteamiento de la sociedad, acabando con injustas y pretéritas situaciones de privilegio.

Hasta aquí todo iba bien. Es ortodoxamente permisible que cada ciudadano emita su opinión, verbalmente o por escrito, teorizando sobre diversas cuestiones y con un lenguaje moderado o explosivo, que poco importa ello. Pero el teórico italiano, con el poder político en sus manos, vio la ocasión de realizar su programa esbozado en conferencias, discursos y publicaciones. Y aquí, naturalmente, ya todo cambia.

Porque se puede sancionar serenamente una postura revolucionaria, que en este caso no ha existido, pero lo que ya no entra dentro del juego, es la pretensión de que estas ideas tomen forma práctica e inmediata. El señor Fanfani, juntamente con otros prominentes de su partido, preparó un programa ya famoso, el de la «apertura a la izquierda», es decir, apertura a la izquierda. Logró la cooperación con algunos sectores avanzados de su nación, concretamente con el socialismo del señor Nenni, y comenzó la ejecución de sus proyectos. Muchos arrugaron el gesto; éste no era el camino. Sin embargo, no pecó la experiencia de temeridad. Uno de los más debatidos puntos de su programa, el de la nacionalización de la electricidad, llevó incontables horas de debates, enmiendas, replanteamientos y demoras, hasta que al fin fue aprobado. Por supuesto queda, que los capitales privados invertidos en la industria eléctrica recibieron su justo e incluso generoso pago. A nadie le fue escamoteada su propiedad, pero las protestas de los descontentos arreciaron. Efectiva-

mente, siempre hay alguien que no sale beneficiado. En este caso, unas pocas compañías eléctricas que en régimen de monopolio dominaban este importantísimo sector económico, del que obtenían pingües ganancias anuales, y que con esta socialización han visto suprimidas sus fuentes de ingresos. Otro de los aspectos que el Gobierno Fanfani tomó en consideración, fue el de la recuperación agrícola de la del sur de Italia. El plan verde del «Mezzogiorno» exigía de los poderes públicos una pronta medida. Se acometieron algunas de las más perentorias necesidades urgentes, invirtiéndose fuertes sumas en su primera fase. También surgieron las voces de los descontentos, que ya sonaban sin cesar en cualquier medida de tipo revolucionario que el Gabinete italiano tomaba sobre sus hombros.

Sin la misma, hubieran variado radicalmente las condiciones del desastre electoral. Pero, por lo visto, sobre el programa social italiano. Se hace hincapié en la coalición que la democracia cristiana italiana logró con los socialistas de Nenni, destacando los peligros que ello encerraba, pero silenciando que sin los votos de estos últimos, no hubieran sido posible el acometer las reformas aconsejables.

Vemos claro que si el señor Fanfani deja en paz su programa, no emprende la nacionalización eléctrica, no toma medidas para acabar con otros feudos de privilegios económicos, abandona a su suerte a los campesinos del sur de Italia, etcétera, es hubiera evitado muchos disgustos y la animadversión de potentes grupos que comienzan a estar incómodos en sus poltronas de siglos. A esto se reduce toda la cuestión. Y ya son muchos los que claman contra la apertura a la izquierda, lo que significa el dejar las cosas que sigan rodando como hasta ahora, sin meterse en más complicaciones. Naturalmente, esta abstención social también representa el consolidar las posiciones de los poderosos grupos que controlan el poder económico, fomentar el descontento cada vez más apremiante de las masas laborales y detener el curso histórico de los acontecimientos.

Uno se siente perplejo ante todo este barullo. No se ha manifestado el señor Fanfani y su partido en términos demagógicos, ni mucho menos. Antes, al contrario, su prudencia al tomar decisiones se ha convertido muchas veces en lentitud exasperante. Por tanto han de parecerse más peregrinas las acusaciones de que se le hace objeto. Pretenden los impugnadores —de todas las latitudes— que el señor Fanfani ceda en su política socializadora? O, quizá, ¿les disgusta la coalición con los socialistas? Tal vez, ¿es mejor que sustituya a este equipo gubernamental otro más cauto que vaya por los pasos contados, lo que representa no hacer nada? Seguramente esta tercera postura es la que más refleja el pensamiento de esos sectores, que han movido ruidosamente a la prensa, condenando a la democracia italiana. Si, el ir por los pasos contados es la solución de quienes no quieren que nada cambie. Y estos pasos son tan contados, tan lentos que a veces, o siempre, dar la impresión de no avanzar.

Los elecciones de hace unos pocos días han dado aparentemente la razón a quienes veían en las decisiones del señor Fanfani un problema histórico. Un millón menos de votantes ha tenido el partido de la democracia cristiana, que se han repartido entre las demás facciones políticas, lo que indudablemente representa un descaballo para los planes de la misma.

No entramos ni salimos en las causas que han originado este divorcio popular, porque desconocemos detalladamente la situación política del país. Pero lo que sí queremos destacar es la unanimidad de toda la prensa de matiz conservador, tradicional o descaradamente reaccionaria, que ha arremetido a su sardina, de manera tan uniforme que por fuerza ha de resultar sospechosa.

Porque, al parecer, lo que se les descontentos arrebataron. Efectiva-

MIGUEL ANGEL PASTOR

EL CABALLO DE TROYA